

# Gaztedi, 20 años de campamento

**P**ermitanme que me presente. Soy un pino, ya entrado en años, que reside de continuo en Revenga, paraje cercano a Quintanar de la Sierra, en Burgos. Tal vez se extrañen ustedes de que haya dejado mis ocupaciones habituales y les dirija este escrito, pero verán, según llegan estas fechas la savia me empieza a rebullir y las piñas se me alteran al pensar en lo que me aguarda en los meses próximos.

Miren ustedes, yo llevaba una existencia de lo más reposada hasta que ha cerca de veinte años (año más, año menos, si la memoria no me falla) que comenzaron a instalarse a mis pies y alrededores un grupo con sus tiendas de campaña color naranja, su comedor, almacén, cocina... ¡qué se yo! Hasta un perro les dio por tener una temporada, "Lobo" creo que se llamaba y no atendía más que a la llamada de un tal Felipe, que por aquel entonces estaba al cargo de todo este asunto.

¡Qué mareo al principio...! Han de comprender ustedes que uno estaba acostumbrado a la tranquilidad y me pilló de sorpresa el bullicio, las voces de los chavales, las canciones que sonaban entre nuestras ramas todo el santo día, que si "dónde vas carpintero con ese hacha", que si "yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así", por no hablar del silbato de las nueve de la mañana para despertar a todo vecino, sea persona, vegetal o insecto. ¡Brrrrrrrrrr! Miren, a eso aún no acabo de hacerme.

He de reconocer, no obstante, que con el tiempo les he cogido cariño y que sobre todo los echo de menos durante los meses de otoño e invierno. Es que es como si a algunos los hubiera criado yo. ¡Hay que ver lo que me han crecido! Cuando vinieron por primera vez apenas eran unos mocitos y ahora, mírenlos, señores con toda la barba y señoras que me traen a sus retoños. Y no soy sólo yo, que, el otro día, me preguntaban doña Mariana (la vaca del otro lado del río) y familia, si sabía si iban a volver este año. Por supuesto, doña Mariana, le contesté. Se pusieron muy contentas. Por lo visto llevan todo el año ensayando mugidos espectaculares para dedicárselos a los chavales cuando desfilen camino de la Ponderosa.

¡Ay, ay, ay! ¿Cuándo llegará el 18 de junio? Les aseguro que estoy ya que no puedo pegar ojo, y que ese día, sin duda, permaneceré al acecho desde el amanecer para poder contemplar la llegada del camión, casi sepultado bajo las colchonetas, butanos, cazuelas, leches, balones.... Y diré: Ya han atravesado la verja, vienen hacia aquí. ¡Despertad! ¡Ya están aquí! Y todos los pinos agitaremos alegres las ramas. En serio, no se pueden imaginar la ilusión que hace el verles levantar una a una las tiendas, el comedor, el almacén, más allá las porterías de fútbol, las canastas de baloncesto, alzar los altavoces, las luces, reconstruir la presa... Después de unos días, llegarán los chavales mayores (muchos de ellos ya venían de pequeños) y empezarán a corretear tras el balón, los primeros chapoteos en la presa y a lagartear al sol. Y lo mismo los peques, quince días más tarde. Y pronto empezará a oler a sopa, a albóndigas y a tortilla de patata... Por cierto, ahora que lo pienso, he de recordar a los monitores que aún no han cumplido la vieja promesa de levantar un monumento a las cocineras en la mitad del campamento.

Bueno, no crean que este mes largo que pasan aquí es de continuo trajin para nosotros, también tenemos algunos de días de relax, cuando chavales y monitores cogen las mochilas y se van de marcha para un par de días. ¡No vean lo que gruñen algunos porque tienen que andar un poquito! La verdad es que gracias a ellos tenemos noticia de los parientes que viven por la zona de la Laguna Negra de Soria, Castroviejo, la Laguna de Neila... A veces también se van a pasar el día fuera, llega el autobús de La Serrana por la mañanita y nos los devuelve a la tarde, rojos como cangrejos de estar al sol, con las tripas llenas de helado, y las manos con ampollas de remar en las barcas de Playa Pita. Ellos, sin embargo, aseguran habérselo pasado en grande.

A pesar de estos pequeños descansos, les aseguro que prefiero tenerlos correteando a mis pies. He tenido ocasión durante estos años de leer montones de cartas del correo interior, esos papelitos con saludos y cartas que reparten después de la cena, junto con la ración de cacahuets y que todos esperan con expectación. También he visto escribir decenas de veces las mismas postales con la foto de la ermita de Revenga, las tumbas celti-



beras o el nacimiento del río Arlanza en Sanza, incluso he aprendido a hacer Juegos Florales: miren ustedes, se pone un tema, se sortean los nombres de los participantes y ¡hala! a componer poemas, a buscar rimas, en honor de la persona que te ha tocado en suerte, y ¿que necesitas algo que rime con "presa", y no se te ocurre nada? No importa, se transforma la palabra "patata" en "patatesa" y listo. No, no, que no lo digo en broma, que a veces, en las largas tardes de invierno mis compañeros y yo nos dedicamos a escribir Juegos Florales.

Vamos, ¿y qué les voy a contar de las veladas? Las he visto de todas clases. Bueno, los dos primeros años que vinieron aquí no había veladas y los chavales se solían reunir delante de las tiendas, por grupos a charlar, otros se dedicaban a las cartas, al parchís o al dominó en el comedor, y a algunos les daba por ir hacia las tumbas o jugar a las prendas. Fue más tarde cuando comenzaron los paseos nocturnos, los bailes (todavía se me mueven las raíces

con el "Tacón - Punta"), los teatros, guiñoles, las canciones (que van desde el "Txuri-urdin", hasta el "Hegoak ebaki banizkio....", pasando por "Tengo una hormiguita en la patita").

A esta pandilla debo también mi interés por el deporte: ¡memorable aquel encuentro entre Bixentes y Herejes!, sin olvidar tampoco los campeonatos internos y los enfrentamientos contra el campamento de los madrileños y contra los valencianos que acampaban por libre en los últimos años. En todos los casos la afición siempre ha sido de lo más efusiva.

Hasta me entró el gusanillo por la sokatira y el brilé, aunque últimamente tienen estas modalidades un tanto aparcadas. Y no puedo menos que hacer mención de los gloriosos torneos de golf entre monitores, con paso de ríoente es cuando se nos empiezan a alicaer las ramas, al verles meter todo en las mochilas, limpiar el campamento, y decir adiós poco a poco a cada uno de los rincones. En fin, les aseguro que todo Revenga rompe a llorar cuando les vemos subir al autobús y desaparecen tras la verja de la misma manera que aparecieron, y seguiríamos llorando todo el año si no tuviéramos la certeza de que volverán el verano siguiente.

Bueno, y ahora yo ya me despido de todos ustedes, si bien antes quisiera agradecerles la atención que me han prestado, y si acaso usted es uno de los que han pasado por este campamento, reciba un abrazo muy fuerte, y tenga por seguro que en este rincón de Revenga no le olvidamos y que siempre será bien recibido.

Hasta siempre,

*Un viejo pino de Quintanar.*

